

Palabras en el acto de recepción de la Gran Cruz en Mérito al Servicio de la Economía Española, otorgada por el Consejo General de Economistas

Es un deber de justicia manifestar, ante todo, mi agradecimiento al Consejo General de Economistas y a su Presidente, Valentí Pich, por esta distinción que, lo confieso, me causó cierta confusión en un principio. Mi primera reacción fue: ¡qué bajo ha caído la profesión, cuando el Consejo no encuentra a nadie con más méritos que yo para darle esta Gran Cruz! Pero rectifiqué inmediatamente, pensando en los méritos de la profesora Josefa Eugenia Fernández Arufe, por quien siento un gran aprecio y admiración, y que recibe hoy esta misma distinción. Sin duda, había alguna razón más profunda en su decisión.

Y entonces me acordé de que hace muchos años, cuando yo era un joven profesor, me llamaba la atención que economistas de gran prestigio, con el paso de los años, fuesen abandonando las matemáticas y los modelos, para escribir libros y artículos sobre los temas de fondo de nuestra profesión: la libertad y la justicia, el sistema económico y la eficiencia, las instituciones y las reglas de la sociedad, los límites de la metodología que empleamos, los supuestos principales acerca de quiénes son esos agentes que toman las decisiones, cómo se relacionan entre sí, cuáles son sus motivaciones y los procesos que desarrollan...

Aquello me movió a ampliar mi punto de vista como economista. Primero, dentro de nuestra misma disciplina, cuando veía, por ejemplo, en el ámbito de la empresa, a especialistas en logística y operaciones extender su campo de estudio a la estrategia y la gobernanza. Luego, haciendo incursiones en otras disciplinas, como la psicología, la sociología o la ciencia política, y acabando en las grandes ciencias de la conducta humana: la filosofía, la teología y la ética. Todo ello respondía a una necesidad, que cada vez me parecía más urgente: la de abrir nuestros modelos para contemplar las complejas motivaciones de nuestros agentes, para entender por qué decidían como nuestros modelos decían, y para entender las relaciones entre personas, empresas, gobiernos y otras comunidades.

Porque los economistas tenemos una teoría de la acción humana, pero no es una teoría completa, sino parcial. Tenemos una metodología muy útil, pero no podemos limitarnos a suponer que los agentes solo actúan bajo el principio de optimización, o “como si” solo esto fuese lo importante, sobre todo cuando nos movemos en la corta

distancia: las relaciones dentro de una comunidad, como la familia o la empresa. Necesitamos considerar una variedad de motivaciones, porque la función de preferencias que utilizamos como punto de partida de nuestro análisis no las recoge todas, aunque solo sea por la existencia de la libertad humana, que a veces olvidamos. Porque los agentes aprenden con sus acciones, y esos aprendizajes cambian sus preferencias, que ya no están dadas, como afirman nuestros modelos –y no disponemos de mejores hipótesis para empezar nuestro análisis–. La ética es una ciencia normativa, que marca líneas rojas y nos invita a corregir nuestros modelos; es la condición de equilibrio de la vida personal y social, no es una restricción externa, más o menos arbitraria.

Todo esto nos lleva a una pregunta que hace años que intento responder: ¿es autónoma la ciencia económica? Corremos el riesgo de que nuestra respuesta sea ideológica, de modo que debemos hacer un esfuerzo para abrir nuestra mente. Y esto nos lleva a un reto importante: ¿cómo explicar todo esto a la profesión? Los profesores hemos de tener la humildad de reconocer los límites de nuestra disciplina y rehacer nuestros modelos, siempre con la incertidumbre de dónde debe detenerse nuestro análisis. Probablemente, lo que decimos sigue siendo válido en el ámbito de la macroeconomía, menos probablemente en el de la microeconomía y, desde luego, no en el mundo de la empresa... Y luego está la labor de los economistas que se dedican a tareas de asesoría, consultoría y auditoría: también ellos necesitan conocer nuestras limitaciones y, por tanto, asumir una visión cada vez más interdisciplinar y menos pretenciosa.

Otra gran pregunta que me he hecho a menudo, sobre todo en los últimos años, después de la crisis es: ¿cuál es la función social del economista? El natural orgullo profesional nos lleva a decir que, si no la hubiésemos descubierto hace años, tendríamos que hacerlo ahora, cuanto antes. Esa función se basa en nuestra capacidad para conocer problemas complejos; en la visión amplia de los problemas, pero, ¡oh paradoja!, sin perder de vista el detalle, como muy bien saben nuestros colegas que se dedican a dirigir o asesorar empresas. Hemos de prestar atención al marco social, institucional y legal de los negocios, que nunca se desarrollan en el ambiente neutro del laboratorio. Hemos de estar al día en los conocimientos, sobre todo de los de la propia especialidad; alimentar la curiosidad; fomentar la humildad, siendo muy conscientes de los límites de lo que sabemos y de hasta dónde llega el amplísimo campo de nuestra ignorancia, porque debemos estar dispuestos a salir de los caminos trillados, cuando cambia la naturaleza del problema; a dejarnos orientar más por los problemas que por los modelos; a ser rigurosos en la búsqueda de informaciones y en su procesamiento. Y a reconocer la dimensión

social de nuestro trabajo, que tiene un gran impacto en la sociedad. Y a vivir el sentido de comunidad: ayudar a nuestros colegas y dejarnos ayudar por ellos –y aquí quiero tener un recuerdo para la labor, callada pero fecunda, de los Colegios de Economistas, con sus comités deontológicos, sus códigos de conducta, y a la dedicación callada y oscura, pero efficacísima, de tantos profesionales.

Y acabo recordando a John Maynard Keynes que, en sus *Essays and Sketches in Biography* cuenta que el profesor Max Planck, Premio Nobel de Física en 1928, le había confesado, en cierta ocasión, que a la hora de elegir carrera había pensado seriamente en dedicarse a la economía, pero que no se había atrevido, porque le parecía demasiado compleja. “El profesor Planck –continuaba Keynes– habría podido dominar fácilmente el conjunto de la economía matemática en unos pocos días. La amalgama de lógica e intuición y el amplio conocimiento de los hechos (la mayoría de los cuales carece de precisión) que se necesitan para la interpretación económica en su forma más elevada es, verdaderamente, una dificultad insuperable para aquellos cuya capacidad consiste, principalmente, en imaginar y llevar hasta sus últimos puntos las implicaciones y condiciones previas de hechos comparativamente sencillos, que son conocidos con un elevado grado de precisión”.

Esta frase de un economista ilustre me lleva a ser más consciente de que he recibido la gracia inmerecida de poder servir a los economistas, a los colegios y a la profesión. Y, al final, entiendo que esta Gran Cruz es un homenaje a la tarea de tantos economistas, más o menos prestigiosos y conocidos, que durante décadas han contribuido a crear esa función social que prestigia a nuestra profesión. Por ello, muchas gracias de nuevo al Consejo, y a todos vosotros, mis queridos colegas, por vuestra atención.

Antonio Argandoña Ramiz

Catedrático de Fundamentos del Análisis Económico y doctor en Economía por la Universidad de Barcelona.

Académico Numerario de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras de España.

Miembro de la *Comission on Corporate Social Responsibility and Anti-Corruption de la International Chamber of Commerce* de París.

Director de *IESE Business School Insight*